
novienvre



TROPO EDITORES

Trope Editores S. L.
Calatrava 79-81, 3.º 1.ª 08017 Barcelona, España
www.tropeeditores.com
info@tropeeditores.com

© Luis Rodríguez 2016
© de la presente edición: Trope Editores 2016
ISBN: 978-84-96911-94-9
Código IBIC: FA
Depósito legal: B-1803-2016
Impreso en España - Printed in Spain
Colección Segundo asalto, N.º 14

Corrección: Irene Achón Lezaun
Diseño y maqueta: Óscar Sanmartín Vargas
Ilustración de cubierta: Óscar Sanmartín Vargas

1.ª edición, febrero de 2016
Impreso en Icomgraph
Minería s/n Pol. Ind. La Magantina
22006 Huesca
Tel. 974 24 37 82

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública
o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

novienvre

Luis Rodríguez



TROPO EDITORES

*A Verónica,
a Adrián y Daniel,
y a Ricardo*

uno

El principio es un recuerdo sin imágenes, una noción; enseguida tengo dos o tres años y persigo la teta de mi madre por la casa. Dice que soy la caraba. Pasa las yemas de los dedos por la pared de la chimenea, las embadurna de hollín. Sentada, levanta la blusa, libera un pecho, ensucia el pezón y acerca mi boca. Pego unos lametazos para limpiar el polvo, escupo saliva sucia y mamo. Quizá sea un recuerdo, o una anécdota injertada, es igual.

Pobre mama. Duermo con mis hermanos: el mayor a los pies, el mediano y yo en la cabecera. Siempre estamos enredando. Ella nos amenaza desde el pasillo.

—Como suba, os vais a enterar.

Sube. Se quita la zapatilla, golpea a través de la colcha, de las dos mantas y la sábana.

Reímos al principio; luego, cansados, fingimos que hace daño para que nos deje tranquilos. En un descuido, saco la mano y me golpea sin querer en los nudillos; ruste, me destapo con furia, la miro cabreado.

—¡Me has hecho daño!

Mama se arrepiente, no sabe qué decir.

—Que os estéis quietos.

Nunca se enfada. Nos enteramos de que esta tarde vienen al pueblo a vacunarnos. Mi hermano, sólo de pensarlo, se marea. Tengo una idea. Hablo con Víctor, uno un poco mayor que nosotros. Víctor viene a casa.

—Oye, Rosa, que esta vacuna es para un crío por cama.

—¿Qué?

—Que sí, mujer, que, si duermen dos en la misma cama, con que vaya uno es suficiente; después, durmiendo, el anti-biótico se esparce.

—Y ¿si duermen tres?

—Igual, con uno vale, que la inyección tiene mucha potencia.

Me vacuno, mi hermano me debe una; si se entera mama, ya sé que soy la caraba.

Valcaba son casas acurrucadas, burdios, cuabras y pajares, huertas de berzas, alubias, patatas y habichuelas, maizales, prados, muchos prados con portillas de madera y paredes de piedra. El Jaraíz, agua y morrillos. Dos centenares de vecinos, todos primos, si vale hasta tercer grado; e Ignacia, que no tiene parientes. La escuela, un maestro sádico (él no lo sabe). La iglesia, el cura anda liado en el pueblo vecino porque se le aparece la Virgen a unas niñas y viene gente de todas partes.

La taberna de Terio, con un estante de ultramarinos. El resto, monte y lluvia.

La rutina de la escuela es sencilla. Entramos con cinco años y salimos, como muy tarde, a los catorce. Somos entre veinticinco y treinta, nos enseñan a leer, escribir, todos con la misma caligrafía; sumar, restar, multiplicar, dividir, raíz cuadrada, quebrados, decimales, problemas, la enciclopedia, geografía en mapas de hule colgados de la pared, y catecismo.

Durante el recreo, tres o cuatro entramos en clase. Vigilo la puerta, Aníbal saca el pito y lanza un chorro de pis al tintero de Bernardo. Toca dictado. Comienza el maestro. Bernardo moja la pluma de modo anormal, muchas veces, demasiadas. El maestro se levanta; sin dejar de dictar, va de mesa en mesa mirando, cogiendo la mano de alguno para guiarlo en la escritura y corregir su trazo. Llega hasta Bernardo, ve su página ilegible y le arrea un tortazo que lo tira al suelo. Bernardo busca imantado el asiento. El maestro carga el brazo.

—¡La pluma no escribe! —se defiende metido en hombros, protegiendo la cabeza con la mano.

Algunas veces, uno de nosotros se esconde para no ir a la escuela. Sale de casa y desaparece. El maestro debe enterarse de que el crío no está enfermo, es más, lo han visto salir de casa con la cartera. Así, nos disponemos a buscarlo. Hoy falta Armando. No hay suerte, apenas pasada una hora dicen que volvamos a la escuela, ha aparecido. Nos cabreamos con él, por torpe.

Armando está rojo, llora en silencio, se le oye sorber mocos. Acaba la clase, los mayores acorralan a Julio. Dice que no lo encontró. Que se tropezó con él y creyó que iba a la escuela. Verdad o mentira, le pegan una paliza.

El sargento y un guardia entran en el bar de Terio. Hace escasamente un par de horas se reparó en la presencia de un muchacho. Dice que se llama Genaro, no dice nada más. En otro lugar parecería tonto, aquí no. No sabe su edad ni cómo llegó hasta aquí; nadie en el pueblo lo conoce.

El sargento le hace un gesto para que se coloque donde lo descubrieron, como intentando reconstruir la escena del crimen. Se sienta frente a él. Tiene una pequeña cicatriz en la frente a punto de esconderse entre el pelo, doce o trece años, las uñas sucias. La ropa le viene grande.

—Genaro... —Va a la barra, habla con Terio. Llama a Genaro. Este se acerca. El sargento le lanza una bofetada. El muchacho trata de esquivarla; sólo le alcanza la nariz. Genaro sangra—, de momento, te quedarás con Terio y le obedecerás en todo. Él te pegará con motivo. Anda, que te den un trapo y limpia el suelo, que lo estás poniendo perdido de sangre.

Mi madre me despierta a las cuatro de la mañana. Vamos al médico a Torrelavega. Llegamos a la carretera. Hay tres vecinos esperando el coche de línea. Todos arreglados, como

soplados por un aire de ciudad; nos miramos con recelo. Hace mucho frío. Pasa el camión de Cirilo.

—Este sí que madruga.

—Y ya va cargado.

Se oyen pasos de albarcas y una tos.

—Es Carlos, el cartero.

—Sí, no tardará en llegar la línea.

El autobús para en todos los pueblos. Tengo ganas de vomitar. Se tarda casi dos horas para llegar a Pesués, donde esperamos el tren.

Torrelavega huele mal. En el ambulatorio, nos sentamos en un banco de láminas de madera.

—¡Luis Rodríguez!

Resulta extraño que digan el apellido, pero extraña más que me nombren en una ciudad donde nadie me conoce.

Hay un médico y una enfermera. No sé para qué he venido ni me reconozco en lo que explica mi madre. Me dan un bote.

—Entren ahí y que haga pis el muchacho.

Soy incapaz de mear. Salimos.

—El niño no tiene pis, doctor —dice mi madre.

—Pues que lo tenga —mira a mi madre—. Y espabila —me mira a mí.

Volvemos al váter. Nada, no hay manera.

—Que no, mama, que no me sale.

—Pues yo no salgo sin pis, hijo.

Se baja las medias y las bragas y llena el bote.

—¿Ves como sí? —dice el médico.

Mi madre aprovecha el viaje para comprar pasta de añil y un caldero. En un parque, saca una tartera pequeña con la comida.

Hace días que apostamos con frecuencia, lo que sea; sólo nos importa el castigo que sufre el perdedor: ponerse bajo el castaño de la bolera mientras uno golpea las ramas con una vara para que le caigan los erizos. Óscar pierde la apuesta. Se pone bajo el árbol; al tercer o cuarto golpe de palo le cae en la cabeza una piedra atascada en alguna rama. Yo no estoy, dicen que pierde el conocimiento y llora a la vez. Quizá exageran, pero cuando llego y lo veo, sangra como un cerdo.

Sólo hay un televisor en el pueblo, el de Casa Terio. Esta tarde hay poca gente en la taberna. Entramos un montón de críos, casi en cuclillas, y nos sentamos en el suelo para ver la película. Ponemos los cinco sentidos en la tele y dejamos el sexto rezando para que no proteste ningún mayor. Dios no escucha, Terio nos echa. En la calle, asomados a la ventana del fondo, continuamos viendo *La espada de Damasco*. Enrique, en la barra, nos mira, sonrío, se acerca el muy cabrón y cierra las contraventanas.

Por la noche, lanzamos una piedra a su balcón con este mensaje: «Como vuelvas a cerrar la ventana, le cortamos el cuello a La Rapulisca». Nos arrepentimos, pero no hay modo de recuperar el mensaje.

Mi padre guarda en el cajón de la cómoda una veintena de paquetes de tabaco Rumbo y Coronas que envía mi tío desde Cádiz, últimos estertores del estraperlo. Yo creo que mi padre no los gasta. Él fuma Ideales, tabaco de liar. Dispongo las cajetillas de modo que al abrir el cajón una de ellas tropiece en el borde superior y así, por mucho que mi padre lo abra, no llegará a verla. Si no la ve, y la echa de menos, preguntará por ella. Dejo que transcurran dos o tres meses. La sustraigo y la escondo en un hueco de la pared de la cuadra del Trechorio.

Le pido a Jacinta que avise a Adela y que traigan cerillas. Encendemos un cigarro en la cuadra. Doy una calada. Es un tábano en la garganta. Me esfuerzo en no toser. Se lo paso a Adela; después a Jacinta, tose, se le achinan los ojos. Otra ronda. Chupo un poco menos. Adela, con el cigarro entre los dedos, imita a una actriz de cine. Nos partimos de risa. Adela pregunta si es la primera vez que fumo.

—Tabaco, sí.

Jacinta sabe a qué me refiero, a Adela le extraña.

—Los chavales, aquí, fuman vidres —dice Jacinta.

Nos enjuagamos la boca en el río para quitarnos el olor a tabaco.

Genaro, Aníbal y yo hacemos un caseto en el Puntigo. Cuesta poco; aprovechamos un abrigo del monte. Sólo tenemos que armar una pared con piedras del río y cubrir el techo con la chapa de un bidón de gasoil y terrones.

Recibimos pocas visitas. El caseto está a unos trescientos metros del pueblo. Nadie nos roba ni nos lo tira; le tienen miedo a Genaro.

Juramos amistad eterna y defendernos sin hacer preguntas. Lo sellamos contando un secreto: Genaro dice de dónde viene, Aníbal cuenta lo de su padre, yo les digo que no tengo secretos de la importancia necesaria. A Genaro, para compensar, se le ocurre que pase nueve horas escondido dentro de la casa de Magaldy, el indiano.

—¿Por qué «nueve»? —pregunto.

—Tres por tres, nueve.

Magaldy es rico. Aunque vive solo, le limpian la casa y le hacen la comida. No me cuesta entrar. Subo al desván. No oigo a Magaldy, sólo a Rufina, cantando, subiendo y bajando la escalera, limpiando. También oigo el ruido de las cazuelas.

Tras la comida, Rufina le dice a Magaldy algo que no entiendo. Me parece que se marcha. Duermo un rato. Despierto cuando ya está oscureciendo.

Llega el momento de salir, todo ha sido sencillo. Bajo las escaleras con cuidado, tropiezo con Magaldy. Creo que exclamo algo, no estoy seguro; él, en cambio, no muestra sorpresa.

—Vaya, vaya, vaya. Un ladrón.

—No.

—Un joven ladrón.

—Yo no he robado nada.

Me coge de la manga y me lleva al salón.

—Tendré que llamar a la Guardia Civil.

—¡Que no he cogido nada!

—No has cogido nada. ¿Tú crees que debo fiarme de alguien que entra así en mi casa?

—Sí.

—Entonces, me fío. Eres el hijo de Rosa, ¿verdad?

—Sí. Sí, señor.

—Y ¿te llamas?

—Luis.

—Tenemos un problema, Luis. Yo me fío, ya te lo he dicho, pero ¿qué ocurre si mañana o pasado mañana echo de menos algo? En circunstancias normales, puedo pensar que lo he perdido o guardado en otro sitio, pero comprende que después de todo esto sería lógico que malpensara en ti.

—¡Yo no he cogido nada!

—Te comprendo, pero tú tienes que entenderme a mí. Vamos a hacer algo para zanjar el asunto. No te voy a cachear, desde luego que no, puedes estar tranquilo, pero si te desnudas y dejas que compruebe tu ropa, saldremos de toda duda. ¿Que me falta algo otro día? Lo habré perdido. ¿Te parece? —Me desnudo—. También eso —Se refiere al calzoncillo. No tantea mis bolsillos ni mi ropa; se queda mirándome—. Esto no está claro. Has entrado en mi casa sin permiso. No sé lo que has hecho ni lo que has visto, ni el tiempo que has permanecido dentro, y ahora tengo que dejarte marchar. Si se lo digo a tu padre, te mata; si se lo digo a la Guardia Civil, vas a la cárcel, y si no hago nada y el día de mañana te conviertes en un delincuente, ¿qué?

El hijo de puta me tiene desnudo más de un cuarto de hora.

Creo que soy distinto, que lo de Magaldy no es mala suerte. Les dije a Aníbal y a Genaro que no tenía secretos. No me atreví a decirles que comencé a masturbarme sin saber que me masturbaba. Que no lo hice pensando en una niña, ni siquiera en Irene. ¡Me corrí leyendo *El Capitán Trueno*!

Cuesta creerlo, aunque así fue. Subí al desván con dos cuentos de *El Capitán Trueno* que me había dejado Nandín. En uno, un hombre barbudo golpeaba con un látigo las espaldas desnudas de unos esclavos. De modo inconsciente, comencé a frotarme el pene con la mano por fuera del pantalón. El corazón me latía con fuerza. Se me puso tiesa, seguí frotándola, como cuando buscas alivio rascándote. Sentí dos o tres pequeños espasmos. Me bajé la bragueta y vi que había una sustancia pastosa. Tardé muchos meses en saber que me había hecho una paja.

En el caseto tenemos unas trébedes y una sartén, y hacemos tortillas de peces, pero lo que más hacemos es fumar.

—¿En quién pensamos?

Nos hacemos pajas todos con la misma. En la que más pensamos es en Irene, la mujer de Terio. Podría ser nuestra madre, de hecho, casi es la madre de Genaro. Es la única mujer de su edad que lleva ropa ceñida, se pinta los ojos y los labios, y le brilla la piel de la cara y las piernas. A Genaro no le importa.

—En Irene.

Vienen al caseto Lines y Nieves. Pregunto en qué momento se sincronizaron los relojes y cómo pudieron hacerlo.

—¿Qué?

—Sí, que un reloj de aquí tenga exactamente la misma hora, con la diferencia que sea, que uno de Uruguay o de Filipinas.

—¡Tú eres sietemesino, chaval!

—Este es así. Anda, cuéntales a las amigas la pregunta del otro día.

—¿Qué pregunta?

—La de los mapas.

—No me acuerdo.

—Venga, hombre, claro que te acuerdas.

—Nada, que en el mapa de Europa de la escuela, España es de color amarillo, y no sé si es amarillo como puede ser rojo o verde, o es amarillo en todos los mapas de todas partes.

—Sietemesino.

—¿Os habéis enterado de lo de Adoración?

—¿De qué?

—De lo de sus hijos.

—No.

—Pues que hace tiempo que Adoración y Gorio dicen que tienen diecisiete hijos.

—Sí.

—Esta mañana, en casa Terio, tres o cuatro hombres se pusieron a nombrarlos y escribirlos en un papel, los contaron y salieron ¡dieciocho hijos!

—¡No jodas!

—Dieciocho. Se ve que entró Gelín, el pequeño, repasó la lista y estaba bien. ¿Cómo es posible que ni la madre ni el padre, ni nadie se hubiera dado cuenta de que eran uno más?

—De esa familia, cualquier cosa.

—Pues son familia tuya.

—Por eso.

Al principio, Genaro nos pegaba a todos, sin ensañarse. Nos empujaba, nos tiraba al suelo, poco más.

—Ya no os pegaré más —dijo después del juramento—. Podéis hacerme o decirme cualquier cosa. No os pegaré.

No ha vuelto a pegarnos, a nosotros, a los demás sí.

Genaro no es grande ni fuerte, pero nos puede.

El Carmen es la fiesta del pueblo. Estrenamos ropa, que no nos gusta, y vamos a misa, que tampoco; acostumbrados al cuarto de hora de nuestro cura, la de hoy, con Treceño, es una eternidad.

Bajamos el empedrado corriendo y vamos a la plaza para ver los puestos de Cónsola y Remedios, consistentes en un cuévano y un tablón cubiertos con una sábana. Venden rosquillas, polvos picapica, peonzas, triscos, pistolas de agua, espadas de plástico, pelotas de cuero rellenas de serrín y atadas a una goma elástica, cajas y sobres sorpresa, caretas, muñecas, carracas, y poco más. Fundidas las cinco pesetas, viajes continuos a

casa para pedirle dinero a mama. Siete viajes, tres pesetas, total ocho.

Mi madre hace comida especial. Antes de que me riña por no comer, me adelanto enfadándome; parece que le sabe mal haber descuidado mis gustos por agasajar a los invitados.

De vuelta a la calle, apenas jugamos por la puta ropa. Suben los músicos al templete. Viene Nicanor que, como todos los años, pone el puesto antes de que comience el baile: un armazón metálico con lona blanca, para proteger de la lluvia, luz de quinqué y muchas cosas nuevas ya inalcanzables en el acantilado de las ocho pesetas. Bailamos con las crías, también con algunas mayores, las que no nos desprecian.

Tras la cena, la plaza está tranquila; las luces, los adornos de balcón a balcón. Brillan los instrumentos de los músicos. Adela no está, sus padres han aprovechado la fiesta para viajar a su pueblo. Comienza la verbena. Voy con Jacinta detrás de la fuente a fumar.

—Fernando le hace cosas a Adela —dice Jacinta como haciéndome entrega de un secreto que distingue la noche, sin asco ni obscenidad. Fernando es el hermano de Adela. Yo sé que Rubén y Pencho obligan a sus hermanas a que se dejen tocar, si no, les pegan—. ¿Te gusta Lourdes? —me pregunta.

—Algo.

—¿Y nosotras? —Sonrío, no contesto—. ¿Eh? —insiste.

—Sí.

—¿Alguna vez has besado a alguien?

—¿En la boca?

—Sí.

—No.

Levanta la barbilla, cierra los ojos, me ofrece los labios. Me acerco, cierro los ojos, golpeamos dientes contra dientes. Nos separamos un poco, réimos. Despacio, volvemos a cerrar los ojos y nos besamos. Prolongamos el beso, nuestras lenguas no se tocan. Cogidos de la mano, somos novios clandestinos.

Nos bañamos en el pozo Lacuerre. Es estrecho, largo y profundo, flanqueado por paredes de piedra con varios puntos para tirarse. A un lado, a una altura de unos cinco metros del agua, hay un cajigo con una rama gruesa que se extiende a ras del suelo y continúa hasta la mitad del pozo manteniendo la altura. Se accede al pozo por un prado abandonado que cruzamos descalzos.

Estoy sentado en la orilla con Adela y con Jacinta. Adela lleva un bikini de flores y Jacinta, un bañador con un pliegue extraño, como si le marcara un pito diminuto.

—¿Nos tiramos del árbol? —dice Adela.

—Yo no.

—Vale —respondo.

—¿Me llevas en brazos?

—No, con peso me haría más daño.

—Es broma, ca-ba-lle-ro.

Son los primeros días de verano. El prado está poco pisado. Nos hacemos una maleza en pies y piernas; cuesta llegar. Desde el árbol, la altura parece mayor, impresiona. Adela me mira.

—Piensa en las rajadas —digo—. No podemos volver. Cierra los ojos y tírate de pie. Es un instante. Ah, y cierra las piernas.

—¿?

—Los chicos las cerramos.

—¿Tú te vas a tirar de pie?

Joder, ahora me tengo que tirar de cabeza. Se tapa la nariz con los dedos, se tira. Caen un poco torcidas. Después, yo.

Quedamos pocos en el agua. Nos alejamos los tres un centenar de metros río arriba.

—Le conté a Adela lo de la fuente —dice Jacinta.

No respondo, no las miro; permanezco con la cabeza agachada enredando con un palo en el agua.

—¿Nos besamos? —pregunta Jacinta.

La miro, la beso.

—¿Tú quieres? —le digo a Adela.

No responde, la beso. Nos sale una risa nerviosa. Volvemos a besarnos, otra vez. Hacemos el quico. Noto la erección, dejo de besarlas. Les digo que vayamos a buscar sumideros. Adela se percata del bulto, más risas. Me toca con el dedo por encima del bañador.

—¿Queréis que seamos novios?

—Sí.

—Sí.

—Te enseñamos las tetas si nos enseñas eso —mira a Jacinta, que asiente.